

La condición de pobreza en el pensamiento de Paul Ricoeur

Díez, Francisco Martín (CONICET-UCA)

La tarea de examinar el pensamiento de Paul Ricoeur en torno al tema del extranjero se justifica por tres razones fundamentales. La primera es que su vivencia personal estuvo caracterizada, desde el origen, por la extranjería. Nació en 1913 en Valence, al sureste de Francia, y tuvo su primera experiencia de lejanía, sólo dos años después, al morir su madre y caer abatido su padre durante la Primera Guerra Mundial. Pasó unos años en el hospicio, estudió filosofía y, en 1935, obtuvo su licenciatura en el otro extremo del Hexágono, en Rennes al noroeste de Francia. Tras unos años como profesor de liceo y una estancia de estudios en Munich vivió la segunda experiencia de extranjería al ser movilizado para participar de la Segunda Guerra Mundial y pasar cinco años como prisionero en campos de Polonia y Alemania. La segunda razón es que su vida académica también estuvo caracterizada por la extranjería. Después de ser elegido Decano de la Facultad a comienzos de 1970, su gestión fue objeto de protestas estudiantiles que terminaron con una represión policial que le condujo a su dimisión. A partir de ese momento, Ricoeur desarrolló gran parte de su carrera en el extranjero: Lovaina, Ginebra, Montreal, Toronto y, sobre todo, Estados Unidos, donde se convirtió en uno de los representantes foráneos de la filosofía continental. La tercera y última razón radica en que la extranjería experimentada por Ricoeur está presente de forma constante a lo largo de toda su obra. Tal como lo expresa François-Xavier Amherdt en “*L'étranger' dans l'oeuvre de Ricoeur*” (2006, 24-28), todos sus textos invitan constantemente al exilio (*dépaysement*), poniendo en primer lugar disciplinas, en su momento poco atendidas, como el psicoanálisis, la neurobiología, la teoría del derecho, y ensayando en las fronteras de la filosofía un diálogo entre contrarios poco familiares. Ricoeur practica una estilística del pensamiento hospitalario, al poner en diálogo autores, a veces fuertemente alejados, entre los cuales propone una articulación posible a través del paso por lo que él llama la “prueba del extranjero” [*L'épreuve de l'étranger*].¹

Las razones expuestas justifican entonces el tratamiento de un tema que sostiene toda la ética ricoeuriana de la hospitalidad y del don, y explican porque en el contexto general de su obra Ricoeur tiene textos especialmente significativos dedicados a esta temática. En particular, existen cinco trabajos dedicados al extranjero, todos escritos en la década final de su vida. Entre 1994 y 2004, aparecieron “*Molteplice estraneità*” (1994), “*La condition d'étranger*” (1996), “*Étrange moi-même*” (1997), “*Dialogue. L'étrangeté de l'étranger [la connaissance d'autres langues, la xénophobie, le racisme]*” (1998), y “*Un 'passage': traduire l'intraduisible*” (2004). De estos escritos hay dos, “*La condition d'étranger*”² y “*Étrange moi-même*”³ que, en tanto refieren a la extranjería como

¹ Ricoeur toma la experiencia-prueba de lo extranjero de A. Berman, *L'épreuve de l'étranger* (1995). Pero en verdad es Friedrich Hölderlin en quien Berman aprecia una visión singular que anuncia la “experiencia de lo extranjero”. El título del libro de Berman (*L'épreuve de l'étranger*) es una referencia a Hölderlin en un extracto del esbozo del poema *Mnémosyne*.

² El trabajo fue escrito para la participación de Ricoeur en la Comisión Hessel sobre los extranjeros en 1996 a pedido de Séphane Hessel y había sido parcialmente publicado en *Information et Évangélisation*, “*Accueillir l'étranger?*” *Etranger, Etrangers*. Supplément au bulletin *Information et Évangélisation - Eglise en débat* n° 2, mai 1996, pp. 1-14. Finalmente apareció completo en 2006 en un número de la Revista *Esprit* dedicado al pensamiento de Ricoeur, al año siguiente de su muerte.

condición humana, el primero, y a la propia extranjería, el segundo, dejan aparecer una segunda problemática particular -no tan explícita ni central en el pensamiento ricoeuriano-, con la que pretendemos hacer aquí un estudio comparativo: el problema de los pobres.

¿Por qué los pobres?

La justificación de tender puentes entre la extranjería y la pobreza a partir de estos dos textos sobre el extranjero, puede ser puesta en cuestión por una razón fundamental. Ricoeur tiene solo dos trabajos dedicados a los pobres y a la pobreza, y eso brinda ya la impresión de ser un tema poco relevante en su pensamiento (Cf. Vansina, 2008). El primero se titula “Qué signifique la présence des pauvres parmi nous?”, y apareció en *Foi-Éducation* en 1961.⁴ El segundo, dedicado a la pobreza como condición, es una entrevista publicada en 1972 en *Aujourd'hui la Bible* bajo el título “Pauvreté, condition du Chrétien [sur le petit nombre des chrétiens et le sens biblique de l'espérance]”. Por la marginalidad y escasez del tratamiento podríamos confirmar que la pobreza no es una cuestión fundamental en su pensamiento, entonces ¿por qué intentar una relación con el problema del extranjero del que Ricoeur se ocupó 30 años después y que fue tan fundamental para su elaboración ética? ¿Hay argumentos suficientes para vincular los dos escritos centrales sobre el extranjero con esos dos textos sobre una temática tan secundaria como la de los pobres?

Al cuestionamiento por la ubicación marginal del tema en el contexto general de su obra, se agrega una cautela del orden personal, expuesta por el propio Ricoeur. En el artículo de 1961, las primeras líneas expresan lo siguiente: “Yo no ocultaría jamás que estuve tentado de evitar semejante tema que me abruma. Yo no soy un pobre. Ahora bien con la pobreza no se juega, ni se engaña. Entonces es necesario luchar contra el diletantismo espantoso sobre el tema” (1961, 9). La confesión de Ricoeur parece confirmar que, así como su propia experiencia de haber transitado la prueba del extranjero, alentó la centralidad que el tema ocupó en su pensamiento, la pobreza, de carácter abrumador, parece haber sido marginada por el hecho de no haber sido pobre. Si intentamos buscar razones por fuera del pensamiento ricoeuriano para tejer correspondencias entre la extranjería y la pobreza, se presenta un argumento que considero esencial en razón de nuestra propia perspectiva como filósofos latinoamericanos. Así como el extranjero es el problema social más preocupante en Europa tanto ahora como en la década en que Ricoeur escribía, el problema de la pobreza es la cuestión social más fundamental y inquietante en toda América Latina.⁵ El

³ “Étrange moi-même” es una conferencia dictada durante las sesiones de 1997 de las Semanas sociales de Francia. Las Semanas habían sido tituladas “la inmigración, desafíos y riquezas”. El texto fue presentado con un título levemente distinto “Étrange soi-même” como conferencia en 1999.

⁴ Agradezco a Catherine Goldenstein, conservadora de los archivos Ricoeur, haberme dado acceso al texto que apareció en el Número 54 de *Foi Éducation*, enero-marzo de 1961. Fue publicado como un resumen del Congreso realizado en Bièvres en septiembre de 1960 por la *Federación Protestante de Enseñanza y la post-fe*. Allí se encontraban publicadas otras contribuciones como la de Mlle. Fugier sobre “Nuestro encuentro con el pobre” al cual Ricoeur hace alusión al referirse al concepto de “nuevos pobres”.

⁵ Ricoeur destaca que en Europa la primera experiencia de extranjería, de ese “no ser como nosotros”, que tiene un niño es la de aquellos que hablan lenguas diferentes. Pero esa cercanía de la diversidad de lenguas que es vivida en el continente europeo, no existe en América Latina, dominada por el idioma español. Bien por el contrario la primera experiencia que un niño latinoamericano tiene de los

hombre lábil es uno y el mismo aunque adquiriera rostro extranjero en Europa y vista de pobre en Latinoamérica; de manera que, si quisiéramos hacer en estas tierras un homenaje a Ricoeur por el centenario de su nacimiento, el tema de la pobreza no debería abrumarnos y deberíamos luchar contra el diletantismo de su tratamiento en razón de la experiencia diaria que tenemos de ella.

El concepto de pobre

Justificado el intento de comparación, para poder examinar las aproximaciones posibles entre el pobre y el extranjero en el pensamiento ricoeuriano, es indispensable clarificar primero qué entiende Ricoeur por “pobreza”. En “Qué signifie la présence des pauvres parmi nous?” descarta varias interpretaciones posibles, por una parte, la visión puritana que une la pobreza material a la espiritual, y la considera sólo como un residuo antieconómico, una carencia o falta frente al ganar y al consumir de la salvación. Por otra parte, hay que rechazar también la interpretación de cierto ascetismo que hace de la pobreza una fuente de verdad, es decir, el camino de acceso a un sentido que viene a través de ella, pues con esa interpretación no hacemos más que consolidarla y en cierta medida explotarla para cultivarnos y nutrirnos a costa suya.

Para alcanzar cierta comprensión de un concepto como el de la pobreza, que de tan usado ya no está disponible, Ricoeur propone un mecanismo corriente a su pensamiento: renovar la contradicción inherente al concepto mismo y a sus interpretaciones. La visión habitual de los pobres como aquellos humillados y caídos del progreso hacia el bien-estar se opone al privilegio que le otorga la religión cristiana⁶, que no obstante tiene otro peligro: el de interpretar que los pobres y la pobreza son algo querido por una divinidad para instrucción de los hombres. Hay que sobrepasar ambas interpretaciones, puritana y ascética, para llegar al núcleo mismo de la contradicción que Ricoeur encuentra en el hecho de que la pobreza es un tipo de concepto que libera su sentido sólo en la medida en que luchamos contra ella para suprimirla. Su existencia pertenece al orden de lo injustificable y su necesidad no es una necesidad ética sino trágica, por eso no debe ser racionalizada pues eso significa hacerla soportable.

La puesta en práctica de la contradicción da un giro a todo el análisis ricoeuriano en dirección hacia la paradoja de la pobreza que Ricoeur interpreta como una cierta permanencia suya, no en tanto residuo sino como el aspecto trágico del desarrollo histórico y una distorsión constante en nuestras sociedades felices del bien-estar, que existe desde siempre entre nosotros (*parmi nous*).

Pauvre-moi-même

Cuando en *Étrange moi-même* Ricoeur se pregunta ¿qué significa el extranjero?, ¿y quiénes son extranjeros?, en términos generales, este concepto ya está en correspondencia con esa noción de pobreza que desarrolla en su texto de 1961. Ricoeur define al extranjero como aquel que “no es uno de los nuestros”, ese otro distinto, con un lenguaje extraño y comportamientos inhabituales, al que consideramos el responsable de su diferencia. Pero ése que “no es totalmente de aquí”, que “no es uno de

que “no son como nosotros” es la diferencia entre pobres y ricos que no por eso deja de ser una experiencia lingüística fundamental.

⁶ “Bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos”, *Lucas* 6:17 20-26. “Dios abate a los soberbios y eleva a los humildes”, *Lucas* 14;

los nuestros”, es también un contenido de la definición de pobre. La pobreza hace del otro un ajeno y extraño entre nosotros. Confinado a vivir en esos lugares que descartamos por inhabitables y peligrosos, lo mantenemos fuera de la geografía de la narración identitaria de nuestra historia.

A partir de esta primera semejanza, la segunda aparece en la memoria y recuerdo de haber sido extranjero que ya integra la exhortación a la hospitalidad.⁷ Ricoeur se pregunta ¿qué significa hoy para nosotros “hacer memoria de haber sido y de ser siempre extranjeros”? Sin duda no es hacer memoria de eventos reales, sino una “memoria simbólica” por la cual nosotros interiorizamos nuestra propia condición de extranjeros. Entonces ¿puede haber algo así como una memoria simbólica de una condición de pobreza originaria que deberíamos rememorar en la constitución de nuestra identidad? ¿Puedo decir que soy pobre de la misma manera que digo “soy extranjero, yo mismo” (*Étranger, moi-même*)? ¿Y este recuerdo de la pobreza es ya una lucha contra ella?

Para esclarecer estas preguntas que exploran la correlación entre extranjería y pobreza, recorreremos las tres etapas en las que se estructura el texto *Étrange moi-même*. La primera etapa constituye para Ricoeur el punto de partida de la actitud natural: la certeza y el sentimiento de “bien-estar *chez moi*”. La describe como la condición habitual y tranquila de tener los bienes necesarios para la vida y el sentimiento de estar asegurados que tenemos la mayoría de nosotros en tanto “nacionales instalados”. Ese sentimiento se erige sobre la ignorancia del extranjero, pero también sobre la ignorancia del pobre, pues aquel primer criterio de definición del extranjero como el que está fuera de nuestro espacio nacional y de nuestras fronteras, que son nuestro círculo de identidad, se trasladaba al pobre en tanto tampoco es uno de los nuestros. Todo pobre es de algún modo siempre extranjero y quizás sea más ajeno a nosotros que un extranjero, que, más allá de la indigencia de su extranjería, no necesariamente es pobre. La particularidad del pobre es una cierta acentuación del peligro de su extrañeza, pues conlleva la amenaza de compartir nuestro espacio y nuestras fronteras. Es el “nacional no instalado”, que no está en la seguridad del centro o de la altura, sino que ocupa los márgenes de nuestro aquí y desde ese adentro de la periferia hace peligrar nuestro aseguramiento –sin duda mucho más que el extranjero, por lo menos en América Latina –, al punto de que el sentimiento de bien-estar *chez nous* es un *parmi nous* sin pobres.

La segunda etapa del texto surge del momento de estremecimiento experimentado ante la aparición del extranjero y/o del pobre. Con su presencia, ellos desestabilizan la seguridad originaria de saber a qué pertenecemos; seguridad cuestionada por el extranjero desde fuera y por el pobre desde dentro cuando aparecen entre nosotros (*parmi nous*). El extranjero en razón de la pertenencia a otra tierra hace temblar nuestra seguridad porque deja de ser indudable que por naturaleza debemos pertenecer a este lugar. Correlativamente el pobre en razón de la carencia de su pobreza cuestiona nuestra seguridad en relación a la pertenencia de ciertos bienes. Entonces la pertenencia se descubre doblemente de una fragilidad increíble, y en su resquebrajamiento aparece la pregunta por la identidad: ¿quiénes somos y quién soy yo mismo? Esta es para Ricoeur la pregunta clave disimulada por todas las seguridades y evidencias, y tanto el extranjero como el pobre nos hacen reconocer incapaces de responder a esa pregunta

⁷ El texto de Ricoeur comienza con la cita bíblica del *Levítico* 19, 34 referida a la memoria del tiempo de la cautividad, es decir, al recuerdo de haber sido extranjero que no sólo refiere a la recuerdo real del pueblo hebreo sino a la memoria simbólica de nuestra condición humana: “El extranjero que resida con vosotros os será como uno nacido entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto.”

originaria que ocultamos. Desestabilizan la coherencia de la identidad en el tiempo y muestran el fracaso de la adhesión de sí a sí mismo, al acentuar la pronunciada pendiente de retroceso hacia el fondo de violencia originaria.

Frente a esta desestabilización, Ricoeur se pregunta ¿qué cabe hacer con ese sentimiento tan profundo de amenaza? Ante el extranjero, la memoria simbólica aparece como la posibilidad de una rememoración de la ausencia de final en las raíces últimas de nuestra existencia, pero ante el pobre ¿podría traducirse esto como un recuerdo de nuestra condición de pobreza? ¿Y sería posible un recuerdo como lucha contra esa pobreza originaria? Examinemos estas posibilidades en las tres fases que el texto *Étrange moi-même* distingue dentro esta segunda etapa.

A partir del sentimiento profundo de amenaza, la primera fase que propone Ricoeur es conducir a su término todos los peligros de la comparación, todas las amenazas resultantes de los fantasmas, hasta sentirnos otro entre los otros, es decir, extranjero entre extranjeros, y ahora pobre entre pobres. Entonces, se inaugura la segunda fase que es el descubrimiento de las zonas ocultas de extranjería en nosotros mismos, pues es un azar que mis padres se hayan encontrado, que yo haya nacido aquí y habite esta tierra. Pero no sólo no hay ninguna necesidad de haber sido de aquí, sino que además peor aun que “ser de allá”, podría haber sido de los márgenes del aquí. La radicalidad de sentirse pobre entre pobres es descubrir un zona oculta en nosotros que es mucho más cercana que el “allá” de la extranjería. Yo podría haber nacido aquí pero sin nada y ser pobre viviendo en la pobreza. Más que nunca aparece entonces el sentimiento de no tener derecho de propiedad, pues el pobre encarna ante nosotros la clara idea del don revocable que Ricoeur atribuye al extranjero como la llamada a administrar bienes que nos son confiados y de los cuales nosotros no somos los últimos poseedores. La desaparición total y profunda de todo privilegio de posesión se acentúa frente a la oscuridad de la pobreza y somos conducidos a la última fase, al estadio más avanzado, de este estremecimiento que toca nuestras creencias más básicas.

En esa tercera fase, según Ricoeur accedemos al sentimiento de que en el fondo de nuestra convicción hay algo no dicho ligado a lo inagotable del fundamento. Ante el extranjero y también ante el pobre, nos damos cuenta de que no podemos decir nuestras convicciones, en tanto el itinerario interior de nuestra subjetividad depende de un acontecimiento exterior. Eso es algo que hace que lo no-dicho *chez moi*, sea dicho - aunque nunca sé cómo- por otros, extranjeros de afuera y pobres de dentro.⁸

Así esta tercera fase de la segunda etapa conduce a la tercera y última etapa del itinerario ricoeuriano en el texto *Étrange moi-même*. Ante la profundidad de mi extranjería, se descubre el deber de memoria como deber y derecho de hospitalidad. Volver a la hospitalidad y al don a partir del recuerdo de ser siempre nosotros mismos extranjeros es el sentido más profundo que Ricoeur encuentra en el texto escatológico de *Mateo 25* que elige como final,⁹ y que no es ajeno al recuerdo de haber sido pobre. De lo que se trata es del juicio que descubre aquella partición o distinción originaria al interior de nosotros mismos que disimulamos con seguridades y certezas. La contradicción del pobre se presenta entonces como una paradoja total. Hacer memoria simbólica es recordar una parte de nosotros mismos que adquiere sentido en tanto luchamos contra ella, haciendo prójimo al próximo.

⁸ Ricoeur dirá que se trata aquí del extraño “como” del texto bíblico del Levítico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

⁹ “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis”. *Mateo 25*, 35-36.

La hospitalidad ricoeuriana del extranjero puede ser reinterpretada entonces como una lucha contra la intemperie y fragilidad de la condición de pobreza. El extranjero sin alojamiento es un pobre que tampoco revela; ofrecerle un hogar para que manifieste su sentido es combatir su pobreza y la nuestra, en tanto sólo la pobreza *parmi nous* tiende el puente y articula la necesidad de justicia que estructura toda la ética ricoeuriana.

Referencias

Berman, A. (1995) *L'épreuve de l'étranger*, París, Gallimard. Trad. al castellano: *La prueba de lo ajeno. Cultura traducción en La Alemania romántica*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 2004.

Dieterlen, P., (2003) *La pobreza: un estudio filosófico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Mongin O., (2010, Noviembre) « L'épreuve de l'étranger visiteur, immigré, réfugié », *Ceras - Revue Projet* N°hors-serie. URL: <http://www.ceras-projet.com/index.php?id=4604>.

Amherdt, F.-X., (2006) “‘L'étranger’ dans l'oeuvre de Ricoeur”, *Chosir. Revue culturelle*, 561, pp. 24-28.

Ricoeur, P., (1961, janvier-mars) “Qué signifie la présence des pauvres parmi nous?”, *Foi-Éducation*, 31/54, pp. 9-19.

Ricoeur, P., (1972, 18 juin) “Pauvreté, condition du Chretien. Entretien avec Paul Ricoeur [sur le petit nombre des chrétiens et le sens biblique de l'espérance]”, *Aujourd'hui la Bible. Journal de la vie* (Psaume: supplication 1), 94, pp. 26-28.

Ricoeur, P., (1995) “Molteplíce estraneità [conferencia inaugural en el Congreso europeo de Hermenéutica, Halle (Alemania) 1994]”, *Ricoeur. L'amore difficile* (Interpretazioni, 24) por D. Jervolino, Roma, Edizioni Studium, pp. 115-134.

Ricoeur, P., (1996) “Ouverture. La condition d'étranger”, *Étranger, Étrangers. Supplément au bulletin Information-Évangélisation. Église en débat* (Église réformée de France), 2, pp. 1-14.

Ricoeur, P., (1998) “Étrange moi-même” [contribución seguida de un debate en la LXXII sesión de Semanas sociales en Francia. Tema: Les migrants, défi et richesse pour notre société. Paris-Issy-les-Moulineaux, 1997], *L'immigration. Défis et richesses*, Paris, Bayard-Éditions Centurion, pp. 93-110.

Ricoeur, P. y Daniel, J., (1998) “Dialogue. L'étrangeté de l'étranger [la connaissance d'autres langues, la xénophobie, le racisme]”, *Les grandes cuestiones de la philo. Anthologie de textes de l'Antiquité à nos jours*. Préface de J. Daniel. Textos reunidos y presentados por M.-R. Morville, Paris, Maison- neuve et Larose, pp. 15-25.

Ricoeur, P., (2004) “Un ‘passage’: traduire l'intraduisible”, *Le souci du pasaje*. Mélanges offerts à J. Greisch. Textes réunis par P. Capelle et al. Paris, Cerf, pp. 528-535.

Ricoeur, P., (2006, Mars-Avril) “La condition d'étranger”, *Esprit* (La pensée Ricoeur), pp. 264-275.

Vansina, Frans D. y Vandercasteele, Pieter (2008). *Paul Ricoeur. Bibliografie primaire et secondaire. Primary and Secondary Bibliography 1935-2008*, Leuven-Paris-Dudley, Uitgeverij Peeters.